

2

ESPADAS CONTRA LA MUERTE

Fafhrd y el Ratonero Gris



Fritz Leiber

Tras los penosos acontecimientos relatados en «Espadas y demonios», (primer volumen de la serie, publicado en esta misma colección), en «Espadas contra la muerte» reencontramos a nuestros aventureros, quienes poco a poco se van convirtiendo en seres entrañables para nosotros, enfrentados a una vida vacía sin la compañía de sus amadas... El dolor es grande y Lankhmar encierra recuerdos amargos tras sus muros, pero Fafhrd y el Ratonero Gris no conseguirán resistir la atracción de la civilización decadente y, después de múltiples vagabundeos —en los que nunca, nunca, nunca podremos encontrarlos trabajando como mercenarios—, acabarán siempre e inevitablemente volviendo a frecuentar sus tabernas y retorcidos callejones.

Fritz Leiber es uno de los autores norteamericanos de mayor fama y prestigio en la actualidad, debido ello a una producción literaria muy personal, en la que ha alternado la fantasía con el terror y la ciencia ficción, y con la que ha llegado a ser el autor que más premios ha recogido en toda la historia de la literatura fantástica: «Hugo», «Nebula», «Locus», «Lovecraft», «August Derleth», «Grand Master of Fantasy» y «Life Achievement Lovecraft» entre los más importantes.

Contenido

Nueva introducción del autor (*Author's New Introduction [Swords Against Death]*) [Prólogo/Epílogo] **1973**

La maldición del círculo (*The Circle Curse*) [Relato Corto] **1970**

Las joyas en el bosque (*Two Sought Adventure*) [Relato] **1939**

Casa de ladrones (*Thieves' House*) [Relato] **1943**

La costa sombría (*The Bleak Shore*) [Relato Corto] **1940**

La torre de los lamentos (*The Howling Tower*) [Relato Corto] **1941**

El reino hundido (*The Sunken Land*) [Relato Corto] **1942**

Los siete sacerdotes negros (*The Seven Black Priests*) [Relato] **1953**

Garras de la noche (*Dark Vengeance*) [Relato] **1951**

El precio del alivio del dolor (*The Price of Pain-Ease*) [Relato Corto] **1970**

El bazar de lo extraño (*Bazaar of the Bizarre*) [Relato] **1963**

Nota acerca del autor [Saga de Fafhrd y el Ratonero Gris]

Nueva introducción del autor

Éste es el libro segundo de la saga de Fafhrd y el Ratonero Gris, expertos espadachines que andan siempre en busca de aventuras, diversión, riquezas y peligros en los numerosos y extraños reinos de Nehwon, el Imperio de los Seléucidas, e incluso en lugares mucho más improbables, muy alejados en el espacio y el tiempo. A veces sus vidas se cruzan con las de deliciosas muchachas dotadas de fuertes voluntades y magos poderosos, malignos y caprichosos como Ningauble de los Siete Ojos y Sheelba del Rostro sin Ojos, con los cuales han de vérselas por vez primera en este libro. A juzgar por estos personajes, los esqueletos, las joyas, las armas asesinas y los monstruos constituyen los encuentros más frecuentes de los espadachines... Y misteriosas naves, demonios, estrellas, diamantes enormes, cráneos, paisajes espectrales y extrañas ciudades, la más extraña de las cuales es Lankhmar; y aventureros como ellos mismos pero que, lamentablemente, se empeñan en causarles daño, y la Muerte con todos sus infinitos disfraces.

Estos relatos se publicaron en épocas muy distintas: del segundo al quinto alrededor de 1940, en la revista *Unknown*. «Las joyas en el bosque» fue el primero que se publicó (con el título de «Dos en busca de aventuras»). «Casa de ladrones» cuenta más cosas del infame Gremio de los Ladrones de Lankhmar, cuando lo gobernaba el torvo Krovas, el cual, a medida que se exasperaba, empezó a armar a los ladrones con espadas en vez del tradicional cuchillo. «La to-

re de los lamentos» podría presentar esta añadidura a su descripción: «Donde se rebela cómo y por qué un hombre puede ser vendado antes de que le hieran».

En cambio, «La maldición del círculo» y «El precio del alivio del dolor» los escribí hace apenas cuatro años.

«Los siete sacerdotes negros» y «El bazar de lo extraño» deberían estar dedicados a los excelentes compiladores Bea Mahaffy y Cele Laly, que los inspiraron. Otros compiladores y editores me han prestado una gran ayuda: el fallecido John W. Campbell, hijo, los atentos y hábiles Donald A. Wollheim y Edward L. Ferman, así como otras muchas personas a las que estoy agradecido.

FRITZ LEIBER

San Francisco, 26 de agosto, 1973

La maldición del Círculo

Un espadachín alto y otro bajito salieron por la Puerta del Pantano de Lankhmar y se dirigieron hacia el este por la carretera del Origen. Eran jóvenes por la textura de su piel y su agilidad, y hombres por sus expresiones de profundo pesar y férrea determinación.

Los adormilados centinelas, protegidos por sus oscuras corazas de hierro, no les interrogaron. Sólo locos o imbéciles habrían abandonado de buen grado la ciudad más grande del mundo de Nehwon, sobre todo al alba y a pie. Además, aquellos dos parecían en extremo peligrosos.

Delante de ellos el cielo era de un rosa brillante, como el borde burbujeante de una gran copa de cristal llena de efervescente vino tinto para delicia de los dioses, mientras que el resplandor rosado más pálido que se alzaba de allí estaba tachonado al oeste con las últimas estrellas. Pero antes de que el sol pudiera trazar una franja escarlata sobre el horizonte, una negra tormenta galopante llegó desde el norte al Mar Interior, una borrasca marina que se precipitaba contra la costa. Volvió a hacerse casi tan oscuro como si fuera de noche otra vez, excepto cuando el relámpago rasgaba el cielo y el trueno agitaba su gran escudo de hierro. El viento de la tormenta acarreaba el olor salobre del mar mezclado con el atroz hedor de la marisma. Doblaba las verdes espadas de la hierba marina y agitaba con violencia las ramas de los árboles y los arbustos espinosos. La negra agua de pantano subió una vara en el lado septentrional de la elevación estrecha, serpenteante, llana en la parte supe-

rior, que era la carretera del Origen. Entonces cayó una lluvia persistente.

Los dos espadachines no comentaron nada entre ellos ni alteraron sus movimientos, excepto para alzar sus hombros y rostros un poco e inclinar los últimos hacia el norte, como si dieran la bienvenida a la tormenta limpiadora y estimulante, con la distracción, por pequeña que fuera, que aportaba a aquellos jóvenes, aquejados de angustia y desazón.

—¡Alto, Fafhrd! —carraspeó una voz profunda por encima del estruendo de los truenos, el rugido del viento y el batir de la lluvia.

El espadachín alto giró bruscamente la cabeza hacia el sur.

—¡Chitón, Ratonero Gris!

El espadachín bajito hizo lo mismo. Cerca de la carretera, en el lado sur, se alzaba sobre cinco postes una choza redonda, bastante grande. Los postes tenían que ser altos, pues por allí la carretera del arrecife era elevada; no obstante, el suelo de la puerta baja y redondeada de la cabaña estaba a la altura de la cabeza del espadachín alto.

Esto no era muy extraño, salvo que todos los hombres sabían que nadie habitaba en el venenoso Gran Pantano Salado, excepto gusanos gigantes, anguilas venenosas, cobras acuáticas, pálidas ratas de pantano, con las patas muy altas y delgadas y otras criaturas del mismo jaez.

Brillaron relámpagos azulados, revelando con gran claridad una figura encapuchada y agazapada dentro del bajo portal. Cada pliegue y vuelta de su atavío resaltó tan claramente como un grabado en hierro visto desde muy cerca. Pero la luz de los relámpagos no mostraba nada dentro de la capucha, sino sólo una negrura de tinta. Restallaron los truenos.

Entonces, desde la capucha, la voz carrasposa recitó los versos siguientes, martilleando las palabras áspera y seca-

mente, de modo que los versos ligeros se convirtieron en un conjunto deprimente y lleno de predestinación:

*¡Alto, espigado Fafhrd!
¡Chitón, pequeño Ratonero!
¿Por qué os vais de la ciudad
Con sus muchas maravillas?
Sería una gran lástima
Consumir vuestros corazones
Y desgastar las suelas de vuestro calzado,
Recorriendo la tierra entera,
Renunciando a todo júbilo,
Antes de que saludéis de nuevo a Lankhmar.
¡Volved ahora, volved ahora, ahora!*

Cuando faltaba poco para que terminara esta cantinela, los espadachines se dieron cuenta de que no habían dejado de caminar a buen paso durante todo el rato, mientras que la choza seguía estando por delante de ellos, de modo que debían de caminar con sus postes, o más bien patas. Y ahora que se dieron cuenta de esto, pudieron ver aquellos cinco delgados miembros de madera que oscilaban y se arrodillaban.

Cuando la voz carrasposa pronunció aquel último y estentóreo «ahora», Fafhrd se detuvo. Lo mismo hicieron el Ratonero y la choza.

Los dos espadachines se volvieron hacia el bajo portal, mirándolo fijamente.

Al mismo tiempo, acompañado de un estruendo ensordecedor, cayó a sus espaldas, muy cerca de ellos. La sacudida estremeció dolorosamente sus cuerpos e iluminó a la choza y su morador con más brillantez que la luz del día, pero aun así no pudieron ver nada dentro de la capucha del extraño personaje.

Si la capucha hubiera estado vacía, se habría visto con claridad la tela al fondo. Pero no, sólo había aquel óvalo de negrura como el ébano, que ni siquiera el resplandor del rayo podía iluminar.

Tan poco afectado por este prodigio como por la violenta tormenta, Fafhrd gritó en dirección al portal, y su voz resonó débilmente en sus oídos conmocionados por el fragor de los truenos:

—¡Escúchame, brujo, mago, nigromante o lo que seas! Jamás en la vida volveré a entrar en la execrable ciudad que me ha privado de mi único amor, la incomparable e insustituible Vlana, a quien lloraré siempre y de cuya muerte indecible me sentiré siempre culpable. El Gremio de los Ladrones la asesinó porque robaba por su cuenta..., y nosotros hemos matado a los asesinos, aunque eso no nos ha beneficiado en absoluto.

—Del mismo modo, jamás volveré a poner los pies en Lankhmar —intervino el Ratonero Gris, en un tono que era como el sonido de una trompeta airada—, la odiosa metrópoli que me ha causado la horrible pérdida de mi amada Ivrian, pérdida como la que ha sufrido Fafhrd y por una razón similar, y ha puesto sobre mis hombros una carga igual de aflicción y vergüenza, que soportaré eternamente, incluso después de mi muerte.

Una araña salina, del tamaño de un plato grande, pasó cerca de su oreja, en alas del viento, agitando sus patas gruesas y blancas, de palidez cadavérica, y giró más allá de la choza, pero el Ratonero no se sobresaltó lo más mínimo y no hubo interrupción alguna en sus palabras.

—Sabe, ser de negrura —continuó—, espectro de la oscuridad, que matamos al repugnante mago que asesinó a nuestras amadas, así como a sus dos parientes roedores, y apaleamos y aterrorizamos a sus patronos en la Casa de los ladrones. Pero la venganza está vacía, no puede devolver a los muertos, no puede mitigar ni un átomo del dolor y la culpa que sentiremos eternamente por nuestros amores.

—No puede, en efecto —le secundó sonoramente Fafhrd—, pues estábamos borrachos cuando nuestras amadas murieron, y por eso no tenemos perdón. Hurtamos un pequeño tesoro en piedras preciosas a los ladrones del Gremio, pero perdimos las dos joyas que no tenían precio ni posible comparación. ¡Y nunca jamás regresaremos a Lankhmar!

Más allá de la choza brilló un relámpago y restalló el trueno. La tormenta avanzaba tierra adentro, al sur de la carretera.

La capucha que contenía oscuridad se echó hacia atrás un poco y lentamente se movió de un lado a otro, una, dos, tres veces. La áspera voz entonó, más débilmente, porque Fafhrd y el Ratonero estaban aún ensordecidos por aquel trueno tremendo:

*Nunca y eternamente no son para los hombres,
Regresaréis una y otra vez.*

Entonces la choza se movió también tierra adentro, con sus cinco patas largas y delgadas. Se dio la vuelta, de modo que la fachada quedó oculta a los dos jóvenes, y aumentó su velocidad. Las patas se movían ágilmente, como las de una cucaracha, y pronto se perdió entre la maraña de espinos y árboles.

Así concluyó el primer encuentro del Ratonero y su camarada Fafhrd con Sheelba del Rostro Sin Ojos.

Más tarde, aquel mismo día, los dos espadachines detuvieron a un mercader que no iba bastante protegido y se dirigía a Lankhmar, despojándole de los dos mejores de sus cuatro caballos de tiro (pues robar era algo muy natural para ellos), y en estas pesadas monturas salieron del Gran Pantano Salado y cruzaron el Reino Hundido hasta llegar a la siniestra ciudad central de Ilthmar, con sus pequeñas y traicioneras posadas y sus innumerables estatuas, bajorre-

lieves y otras representaciones de su dios en forma de rata. Allí cambiaron sus torpes caballos por camellos y pronto avanzaron bamboleándose por el desierto, siguiendo la costa oriental del Mar del Este color turquesa. Cruzaron el río Tiltth en la estación seca y continuaron a través de las arenas, en dirección a los Reinos Orientales, adonde ninguno de ellos había viajado con anterioridad. Buscaban distracción en lo exótico y deseaban visitar primero Horborixen, ciudadela del Rey de Reyes y la segunda ciudad, sólo después de Lankhmar, en tamaño, antigüedad y esplendor barroco.

Durante los tres años siguientes, los años de Leviatán, la Roca y el Dragón, vagaron por los cuatro puntos cardinales del mundo de Nehwon, tratando de olvidar sus primeros amores y sus primeras grandes culpas, sin conseguir ni una cosa ni otra. Se aventuraron más allá de la mística Tisilimilit, con sus chapiteles esbeltos y opalescentes, que siempre parecía como si acabaran de cristalizar en el cielo húmedo y perlino, hasta tierras que eran leyendas en Lankhmar e incluso en Horborixen. Una de estas leyendas, entre muchas otras, era la del esqueléticamente mermado Imperio de Eevareensee, un país tan decadente, tan avanzado en el futuro, que las ratas y los hombres son todos calvos y hasta los perros y gatos carecen de pelo.

Cuando regresaban por una ruta septentrional a través de las Grandes Estepas, estuvieron a punto de ser capturados y esclavizados por los crueles mingoles. En el Yermo Frío buscaron el Clan de la Nieve de Fafhrd, pero descubrieron que el año anterior habían sido vencidos por una horda de Gnomos del Hielo, los cuales, según se rumoreaba, habían matado hasta la última persona, lo cual, de ser cierto, significaba que Fafhrd había perdido a su madre, Mor, la novia a la que abandonó, Mara, y su descendencia, si es que había tenido.

Durante algún tiempo estuvieron al servicio de Lithquil, el Duque Loco de Ool Hrusp, ideando para él emocionan-

tes duelos fingidos, asesinatos simulados y otros entretenimientos. Luego avanzaron por la costa hacia el sur, a través del Mar Exterior, a bordo de un mercante de Sarheenmar, hasta el tropical Klesh, donde se aventuraron un poco en los bordes de la jungla. Se dirigieron de nuevo al norte y rodearon el secretísimo Quarmall, aquel reino sombrío, y llegaron a los lagos de Pleea que son la cabecera del río Hlal. Llegaron a la ciudad de los mendigos, Tovilyis, donde el Ratonero Gris creía haber nacido, pero no estaba seguro, y cuando abandonaron aquella humilde metrópolis no estaba más seguro de ello. Cruzaron el Mar del Este en una barcaza para transporte de grano, pasaron algún tiempo dedicándose a la prospección de oro en las Montañas de los Mayores, pues sus últimas gemas robadas las habían perdido hacía tiempo en el juego o gastado en otras cosas. La búsqueda de oro se reveló infructuosa, y entonces se pusieron en camino de nuevo hacia el Mar Interior e Ilthmar.

Vivían del robo, el atraco, sus servicios como guardaespaldas, breves encargos como correos y agentes —comisiones que siempre, o casi siempre, llevaban a cabo escrupulosamente— y haciendo actuaciones: el Ratonero hacía juegos malabares, prestidigitación y bufonadas, mientras que Fafhrd, con su don de lenguas y su adiestramiento como Bardo Cantor, sobresalía en las artes juglarescas y traducía las leyendas de su gélida patria a muchos idiomas. Jamás trabajaban como cocineros, empleados, carpinteros, podadores de árboles o criados corrientes, y nunca, jamás, se enrolaron como soldados mercenarios... Su servicio a Lithquil había sido de una naturaleza más personal.

Recibieron nuevas cicatrices y adquirieron otras habilidades, comprensiones y compasiones, cinismos y secretos, una risa sutilmente burlona y un frío aplomo, como un caparazón que encerraba herméticamente todas sus aflicciones y ocultaba casi constantemente al bárbaro que había en Fafhrd y el chico de los bajos fondos que era el Ratone-

ro. Se volvieron externamente alegres, despreocupados y simpáticos, pero no les abandonó su pesar y su sentimiento de culpa; los espectros de Ivrian y Vlana acosaban su sueño y sus ensueños diurnos, por lo que tenían escasa relación con otras muchachas, y la poca que tenían les causaba más incomodidad que alegría. Su camaradería se hizo más firme que una roca, más fuerte que el acero, pero todas sus demás relaciones humanas eran huidizas. La melancolía era su estado de ánimo más corriente, aunque solían ocultárselo mutuamente.

Llegó el mediodía del día del Ratón, en el mes del León, el año del Dragón. Estaban haciendo la siesta en la frescura de una cueva, cerca de Ithmar. En el exterior hacía un tórrido calor que horneaba el suelo y la escasa hierba marrón, pero allí dentro la temperatura era muy agradable. Sus caballos, una yegua gris y un macho castrado de color castaño, estaban a la sombra a la entrada de la caverna. Fafhrd había inspeccionado someramente el lugar, por si había serpientes, pero no descubrió ninguna. Odiaba a los fríos ofidios escamosos del sur, tan diferentes de las serpientes de sangre caliente y provistas de pelaje del Yermo Frío. Se adentró un poco en el estrecho corredor rocoso que partía del fondo de la cueva, bajo la pequeña montaña en la que se abría, pero regresó cuando la falta de luz le impidió ver más allá y no había encontrado ni reptiles ni el final del corredor.

Descansaron cómodamente sobre sus esteras sin desarrollar. No podían conciliar el sueño, por lo que se pusieron a charlar de cosas intrascendentes. Lentamente, en sucesivas etapas, esta conversación se volvió seria. Finalmente, el Ratonero Gris resumió sus últimos tres años.

—Hemos recorrido el ancho mundo de cabo a rabo sin encontrar el olvido.

—No estoy de acuerdo —replicó Fafhrd—. No la última parte, puesto que aún estoy tan acosado por los fantasmas como tú, pero no hemos cruzado el Mar Exterior ni busca-

do el gran continente que, según la leyenda, se encuentra en el oeste.

—Creo que sí lo hemos hecho —adujo el Ratonero—. No la primera parte. Estoy de acuerdo, pero ¿qué objeto tiene registrar el mar? Cuando fuimos al extremo oriental y llegamos a la orilla de aquel gran océano, ensordecidos por su inmenso oleaje, creo que estábamos en la costa occidental del Mar Exterior, sin que hubiera entre Lankhmar y nosotros nada más que agua embravecida.

—¿Qué gran océano? —inquirió Fafhrd—. ¿Y qué inmenso oleaje? Era un lago, un simple charco con algunas ondas en su superficie. Se podía ver perfectamente la orilla opuesta.

—Entonces veías espejismos, amigo mío, y languidecías en uno de esos estados de ánimo en que todo Nehwon sólo te parece una pequeña burbuja que podrías hacer estallar con el rasguño de una uña.

—Tal vez —convino Fafhrd—. Oh, qué cansado estoy de esta vida.

Se oyó una tosecita, apenas un carraspeo, en la oscuridad a sus espaldas, pero se les erizó el cabello, tan cercano e íntimo había sido aquel leve sonido y tan indicador de inteligencia más que de mera animalidad, pues era indudable su mesurada solicitud de atención.

Los dos jóvenes volvieron sus cabezas al mismo tiempo y miraron la negra boca del corredor rocoso. Al cabo de un rato les pareció que podían ver unos débiles resplandores verdes que flotaban en la oscuridad y cambiaban perezosamente de posición, como siete luciérnagas cernidas en el aire, pero con una luz más firme y mucho más difusa, como si cada luciérnaga llevara un manto constituido por varias capas de gasa.

Entonces una voz melosa y untuosa, una voz de anciano, aunque aguda, como el sonido de una flauta trémula, habló desde el centro de aquellos mortecinos resplandores, y dijo:

—Oh, hijos míos, dejando de lado la cuestión de ese hipotético continente occidental, sobre el cual no tengo intención de ilustraros, hay todavía un lugar en Nehwon donde no habéis buscado el olvido de las muertes crueles de vuestras amadas.

—¿Y cuál podría ser ese lugar? —preguntó en voz baja el Ratonero, y tras un largo momento añadió con un leve tartamudeo—: ¿Quién eres?

—La ciudad de Lankhmar, hijos míos. Quien sea yo, aparte de vuestro padre espiritual, es un asunto privado.

—Hemos hecho un solemne juramento de no regresar jamás a Lankhmar gruñó Fafhrd al cabo de un rato; habló con ronca voz contenida, un poco a la defensiva y quizás incluso intimidado.

—Los juramentos han de mantenerse hasta que se ha cumplido su finalidad —respondió la voz aflautada—. Toda imposición se levanta al final, toda norma impuesta por uno mismo se deroga. De otro modo, el sentido del orden en la vida se convierte en una limitación al crecimiento. La disciplina encadena; la integridad esclaviza y hace mal. Habéis aprendido lo que podéis del mundo. Os habéis graduado en el conocimiento de esa enorme parte de Nehwon. Ahora es necesario que hagáis vuestros estudios de posgraduado en Lankhmar, la mejor universidad de la vida civilizada.

—No regresaremos a Lankhmar —replicaron al unísono Fafhrd y el Ratonero.

Los siete resplandores se desvanecieron. Tan débilmente que los dos hombres apenas podían oírlo —aunque cada uno de ellos lo oyó—. La voz aflautada inquirió: «¿Tenéis miedo?». Entonces oyeron un ruido como de raspaduras en la roca, un sonido muy débil, pero, de algún modo, pesado.

Así finalizó el primer encuentro de Fafhrd y su camarada con Ningauble de los Siete Ojos.

Al cabo de una docena de latidos de corazón, el Ratonero Gris desenvainó su delgada espada, de brazo y medio